



BIAFRA

Tres mil personas mueren de hambre diariamente

Tres mil personas, principalmente niños y ancianos —los que tienen menos defensas—, mueren de hambre en Biafra cada día; los delegados de la Cruz Roja Internacional temen que ya nada pueda evitar un millón de muertos al mes por hambre. Once millones de personas necesitan al menos cien gramos diarios de alimentos conteniendo proteínas; es decir, es preciso llevar a Biafra mil cien toneladas de alimentos al día, como mínimo, y repartirlos equitativamente en los campos de refugiados y entre los empobrecidos grupos que buscan refugio en la selva perseguidos por los federales nigerianos. Gran Bretaña envía alimentos a Biafra y, al mismo tiempo, armas a sus enemigos nigerianos. Los Estados Unidos, mediante una alocución de Johnson, han pedido a los federales que dejen neutralizado un pasillo por el cual se puedan enviar urgentes socorros a Biafra. Un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores de Biafra niega que esto sea posible: primero, dice, es preciso un alto el fuego que permita reconstruir los puentes destruidos y la limpieza de minas de Port Harcourt. El envío de víveres por carretera desde la capital enemiga de Lagos le parece utópico: ni la Federación ni Biafra poseen los cientos de camiones necesarios. Por otra parte, el pueblo de Biafra prefiere morir de hambre antes que tocar los alimentos venidos del territorio enemigo porque cree, firmemente que pueden estar envenenados. El puente aéreo es insuficiente; aunque España facilita como base para el transporte

la isla de Fernando Poo, el aeropuerto de Biafra puede recibir como máximo 40 toneladas de carga al día, cifra muy por debajo de las 1.100 necesarias. Biafra acaba de lanzar una nueva ofensiva para liberarse del cerco por hambre: es una ofensiva de desesperación, porque sabe que en esta guerra sin piedad la entrada del enemigo en pueblos o ciudades va seguida de matanzas implacables, y que la simple estabilización de los frentes significa su agotamiento por hambre. Al mismo tiempo ha emitido un plan de paz en seis puntos, de los cuales los dos principales son un alto el fuego inmediato y el cese de envío de armas británicas a la Federación. Estiman que sólo este alto el fuego o el avance de sus soldados pueden evitar el hambre y que todos los demás planes son inoperantes o demasiado lentos. Un misionero, el padre Fullen, católico, explica la forma en que se produce la muerte por falta de proteínas. El primer síntoma es un cambio de color en el pelo: de negro, se vuelve rojo-dorado. Se produce después una apatía y una mirada perdida. Pies y piernas se hinchan, como llenos de fluido; esta carne se hunde por la simple presión de un dedo. El cuerpo entero es doloroso. Las mejillas se vuelven de color amarillo. Se puede calcular, dice el padre Fullen, que quince días después del cambio de color en el pelo, la víctima morirá. De los treinta niños del pueblo de Umuokoro, que visita el padre Fullen, diez han muerto en dos semanas y otros ocho tienen ya los síntomas mortales.

DOCIMOLOGÍA

La ciencia de los exámenes

La revuelta estudiantil en Francia y en otros países ha planteado, entre mil sugerencias de mutación social, un problema concreto que desde hace tiempo se viene estudiando: el de la justicia o injusticia de los exámenes. Existe una rama de la ciencia, llamada docimología, que trata de estudiar los exámenes

y su racionalización. Sus primeros resultados son inquietantes. Se ha demostrado que el mismo texto de un examen escrito obtiene calificaciones muy diversas si se presenta a distintos examinadores; más aún, que un mismo profesor califica de distinta manera un ejercicio idéntico que se le presen-

EL PROBLEMA RACIAL EN GRAN BRETAÑA

El malestar social se canaliza contra los inmigrantes

Los inmigrantes de color en Gran Bretaña suman un millón aproximadamente, esto es, el dos por ciento de la población total y, sin embargo, el «problema» de estos grupos es, desde hace unos años, el que está originando más debates y preocupaciones. Como veremos, gran parte de los problemas reales del país se enmascaran con el problema de las relaciones raciales; una propaganda simple, como la de Enoch Powell, convierte a los inmigrantes en los causantes de los males que aquejan especialmente a los barrios industriales. Como es lógico, la inmigración se ha dirigido a los barrios populares de las ciudades en los que existían unos deficientes servicios y unas precarias instalaciones escolares, así como falta de vivienda.

El núcleo principal (unos 450.000) procede de las Antillas Británicas, y siguen, por importancia numérica, el de los indios (230.000), pakistaníes (más de 100.000), africanos, chinos, etc. Esta población alimenta de mano de obra a la industria siderúrgica, textil, química, mecánica y sector terciario (especialmente hoteles); muchos de ellos se emplean en los transportes. Es conveniente tener en cuenta que antillanos y asiáticos llegaron a Gran Bretaña para ocupar unos puestos de trabajo que no deseaban los obreros del país y llenaron de esta forma un vacío de mano de obra que habría originado grandes trastornos en la economía nacional. Concretamente, el servicio de transportes londinenses reclutaba trabajadores fuera de Gran Bretaña por no encontrarlos autóctonos. Sin embargo, estos hombres, antes necesarios, ahora se han vuelto indeseables; su estatuto es menos favorable que el de los ciudadanos británicos nativos. Con gran frecuencia se les rechaza en el trabajo y tienen grandes dificultades para alquilar o comprar piso. Existe la amenaza de que se creen «ghettos» al estilo americano. Como es natural, la reacción de los inmigrantes ante este estado de cosas se ha expresado políticamente: ha surgido la C.A.R.D. (Campaña contra la Discriminación Racial), y las revueltas de los negros norteamericanos, así como las reivindicaciones del «poder negro», se acusan ya entre

ellos, aunque en un grado muy pequeño. Ciertos grupos, como los pakistaníes o indios, desempeñan ciertas funciones de tipo sindical; en la base sindical de las Trade Unions existe una actitud adversa hacia los inmigrantes, que explotó con motivo del caso Enoch Powell. Los manifestantes que apoyaron a este diputado cuando fue separado del estado mayor del partido conservador, si bien apuntaban a los inmigrantes de un modo inmediato, pretendían en realidad torpedear los cambios sociales que pueden destruir el sistema de contratación muy particular en ciertos sectores: es casi imposible para alguien que no tenga unas relaciones de parentesco con un trabajador de la corporación, encontrar trabajo en los mataderos o en los puertos. El portavoz de esta propaganda ha sido el derechista Enoch Powell, un hombre de ideas simples, como ha escrito Elizabeth Burney, redactora de «The Economist»: piensa que debe cesar absolutamente la inmigración de hombres de color; se opone al proyecto de ley sobre las relaciones raciales y en sus discursos agranda las cifras de la población inmigrante y describe con tintes apocalípticos el futuro que le espera al país. Powell explota el malestar y el sentimiento de inseguridad de millones de personas. Sólo así puede explicarse el apoyo masivo que encontró en todo el país: huelgas de veinticuatro horas, manifestaciones de portuarios y trabajadores de mataderos y miles de cartas de adhesión a su postura.

El problema racial en Gran Bretaña puede radicalizarse estos próximos años. De ello depende también que la población de color se lance a una política de «black power». Como se desprende de ciertas encuestas, los síntomas comienzan a ser alarmantes. El profesor de sociología Michael Banton ha descrito el esquema de aceptabilidad social de la población autóctona respecto a la de inmigración en tres fases: 1) dos británicos por cada diez rechazan a los inmigrantes antillanos como compañeros de trabajo; 2) cuatro británicos de cada diez rechazan a los antillanos como vecinos; y 3) ocho británicos de cada diez rechazan la idea de contraer matrimonio con antillanos.

Antes necesarios, ahora indeseables.

